

VOLVER A CASA CON JESÚS:

EL CORAZÓN LATIENDO SEMILLAS





María Isabel Serrano González

**VOLVER A CASA CON JESÚS:
EL CORAZÓN LATIENDO SEMILLAS**



Reservados todos los derechos

Diseño de cubierta: Maximino Cerezo Barredo

© María Isabel Serrano González

© Editorial Nueva Utopía

Fernández de los Ríos, 2 - 3.º Izqda.

28015 Madrid

Teléfono 914 472 360

Fax 914 454 544

ISBN: 978-84-96146-95-2

Depósito Legal: M-28626-2017

Impreso en Pinares Impresores, S.L.

pinaresimpresores@telefonica.net

Buen Gobernador, 24

28027 Madrid

Impreso en España

A todas las personas que con su testimonio o su palabra,
me han acercado a Jesús y su evangelio, al bien, la bondad, y la belleza.
A mi marido Juan Manuel, mis hijas Tania, Cristina y Carlos;
y a mis queridos nietos, Rubén e Irene.

*“Y me dijo Jesús: No te preocupes, yo te daré libro vivo....
Bendito sea tal libro, que deja impreso lo que se ha de leer y hacer,
de manera que no se puede olvidar”.*
Santa Teresa de Jesús. V26,6.



ÍNDICE

Capítulo I	
De la sinagoga a la vida: dejando de ser para llegar a ser	19
<i>Desde la profundidad de mis ojos</i>	25
Capítulo II	
¿Qué es hacer tu voluntad cuando el dolor nos abrasa? Jesús ante el dolor y la enfermedad	27
<i>El sonido del viento rasgó el corazón</i>	31
<i>Voy desnuda en este viaje del alma</i>	41
Capítulo III	
El poder del miedo. No temas	45
Capítulo IV	
De no tener palabra, a tener la palabra de Dios: La mujer a la que quiso conocer Jesús	55
a. El flujo de Dios ante el flujo de la sangre: la gratuidad .	56
b. La experiencia de saberse amada	58
<i>Las manos</i>	61
c. Tocando el poder de Dios	62
d. La rosa de nadie transfundido de Dios	64
<i>Se acercó por detrás</i>	64
e. El Señor cuenta el número de estrellas y pone a cada una su nombre: la innominada	66
f. Sembrar palabras de luz	68
g. Fronteras vulnerables	69
h. La herida convertida en camino	71
i. Se llevó un poema infinito. “Vete en paz”	73

j. Despiérta tu feminidad, vístete de tu fuerza	74
k. El sentir de los olvidados de la vida	77
l. Jesús ilumina nuestra verdad	79
m. El cuerpo, lugar de anuncio de los valores de Dios .	82
<i>El camino de Dios tiene cuerpo de mujer</i>	84
n. La libertad crea la vida	85
<i>Tocar tu manto en la plaza.</i>	87
Capítulo V	
Acompañar es sostener la vida. Palabras y manos llenas de luz .	89
<i>¿Quién va a ser Señor, si todos te apretujan?</i>	91
Capítulo VI	
Mirar sin manchar la vida: El camino de Jairo	97
<i>Los ojos de Jesús</i>	98
a. El Reino de Dios es un reino de sensibilidad	99
b. Silencio que se puebla de voces	102
c. Descubrir la luz de los silenciados	103
d. Cuando se estremece la vida, la hospitalidad es Buena Noticia	105
e. Lo infinito en la finitud	108
f. Liberar los dones que la vida ofrece	109
g. La fe y la soledad de los otros	111
h. No os pido más que miréis	112
<i>Venid amigos, venid</i>	113
Capítulo VII	
La fe como provocación: No está muerta, está dormida	115
a. La fe en el latido de la vida	115
b. No está muerta está dormida	117
c. Descubrir el amor que mueve la vida	120
d. Sin esperanza en los seres humanos no puede haber fe .	123
e. Iluminada nuestra fe por su mirada	125
Capítulo VIII	
Manos latiendo vida: La niña	129
a. Jesús ama lo que el mundo desecha	129
<i>Misterio</i>	131
b. Levántate, te traigo la Buena Noticia	132
<i>Es hora de florecer</i>	133

c. Ante las palabras vacías, la palabra tranquila de Jesús . . .	135
d. Una mesa en el centro del mundo	136
<i>La memoria del pan</i>	138
e. Llenar los ojos de vida	139
f. La luz de la vida en el evangelio.	143
<i>La amapola brotada de las piedras</i>	145
g. Viendo en sus ojos	147
h. Levántate a beber la luz del alba	148
<i>Abraza la infancia</i>	150
Capítulo IX	
Tiempo de los hombres, tiempo de Dios	153
a. Voces con luz, aunque sin nombre	154
b. No podemos ir solos ante Dios	155
c. Ilumina el rostro de Dios para nosotros	156
d. La amistad de Jesús	157
Capítulo X	
Dos voces y un corazón, libertad y ternura	161
a. Dos voces y un corazón	163
b. La libertad empuja la creación	166
<i>¿Quién decís vosotros que soy yo?</i>	170
Capítulos XI	
El aliento del espíritu recorre nuestra historia	171
a. La plegaria de Jairo	171
b. Sin nuestra verdad no hay oración	173
c. El viaje al corazón de Dios	175
d. Acoger es orar	176
e. La oración y nuestras contradicciones	178
f. Yo voy soñando caminos de la tarde	180
<i>Y Jesús volvió a sembrar</i>	183
Capítulo XII	
Volver a casa con Jesús, habitando la casa del mundo	185
a. Con el corazón repleto de semillas	185
b. Otra mujer le da la vida en el camino	186
c. El ser que somos no se agota	188
d. La mirada es creadora, trasforma a quien mira	190
e. La confianza, un don indispensable para la fraternidad	191

f. El dinamismo de la justicia en la obra de Jesús	193
<i>Para tenerlo todo</i>	195
g. A buscar en el mar el milagro	196
h. El perdón como proceso espiritual	198
i. Nuestra historia, historia de salvación	200
j. El poder del evangelio y el poder del encuentro	202
k. El que me siga tendrá la luz de la vida	204
l. Volver a la semilla: la esperanza ardiendo	206
m. Y vio Dios que era bueno: su Reino es un abrazo	207
<i>Ser sólo un lirio del campo</i>	209

Presentación

“Que me conceda Dios, saber expresarme, y pensar como corresponde a ese don, pues Él es el mentor de la sabiduría, y quien marca el camino de los sabios. Porque en sus manos estamos nosotros y nuestras palabras, y toda la prudencia y el talento” SAb7-15,1.

Escribir del evangelio y mi relación con él nunca se me había ocurrido. Nunca había planificado abrir mi meditación y mi oración a otros; pero este evangelio de Mc, de la hemorroísa y la hija de Jairo, me ha conmovido profundamente, me ha metido en la dinámica de su palabra; literalmente me ha arrastrado; con él he recorrido mucha vida. Me ha hecho sentir, decir, y celebrar mucho. He estado diez meses orando con él, palpitando con la vida, conociendo a Jesús y conociéndome a mí. Pero sobre todo amando y llenándome de esperanza en medio de tanto dolor que nos rodea. Quiero compartir esa esperanza.

La palabra es, que me atrapó profundamente, al mismo tiempo que me soltaba libre. Una experiencia de interiorización, de encuentro con Jesús, viéndole atravesar la historia, y que atravesaba y resurgía la mía.

Llevo muchos años rezando con el evangelio. Todos los pasajes me parecen llenos de riqueza, en todos he visto cómo se transforma nuestro corazón en él. Es verdad lo que se dice, que el evangelio y todo lo que se escribe sobre él, es un legado espiritual de experiencias, de emociones, y relaciones con Dios; que nos encarna en un continuo histórico y nos abre al infinito. También, hay algo más, que se puede decir, y de ello he escrito. No faltan mis reflexiones sobre la vida, en relación, con los acontecimientos que ocurren en el evangelio, y que por mi profesión

de médico me tocan muy de cerca. Para seguir el hilo, hay que leer previamente el evangelio Mc 5,21-43. “Curación de la hemorroísa y Resurrección de la hija de Jairo”.

Este evangelio es un relato que invita a adentrarnos en la vida nuestra y de nuestra sociedad, tan compleja y tan diversas, sugerida y evocada por el encuentro de Jesús y los personajes de Jairo y la Mujer, llamada hemorroísa, y la niña. El contexto cultural y social que marginaba a la mujer por ser mujer y a los enfermos; que tiene un profundo eco en nuestro presente, en nuestra sociedad actual que es una sociedad de exclusión y está empezando a llenarse de intolerancia. La presencia de Jesús integrando y acogiendo toda diversidad, tiene su eco también en nuestros días en tantas redes de solidaridad y compromiso. Por supuesto que detrás de todo lo escrito, late la pregunta qué es la fe; que es lo que le pide Jesús a Jairo, y qué es no tener miedo. En el horizonte está también, la experiencia de que hoy podemos seguir creyendo en Jesús, que es nuestra esperanza.

La forma en cómo me acerco al evangelio, es bien conocida. Disponer tu corazón para acoger la palabra y empezar a leer, escuchando y escuchándote; emocionarte, ver cómo te habla, hablar tú, y ver tu vida en ella, la vida toda en esa palabra que es Palabra de Dios. Este evangelio me atrapó desde la primera palabra y la experiencia no se agotaba; volvía una y otra vez sobre lo escrito y orado, y aparecía la vida cada vez más discernida, y yo deseosa de amar más y mejor. La claridad brotaba de su directo roce... El amor es también una forma de conocer.

¿Por qué dio tanto de sí para que haya podido hacer un relato? Porque el evangelio nos habla de la experiencia, y la experiencia no se agota nunca, porque nos habla de Dios.

Se trata de un relato de oración peregrina, junto a dos personajes que buscan a Jesús con sus mochilas llenas de necesidades y de súplicas.

Oración que intenta acompañar, contemplar y sorprenderse

con Jesús que escucha, pero que alarga el peregrinaje para revelarnos lo que no éramos capaces de reconocer; y ni siquiera vislumbrar. La oración con Jesús en este pasaje evangélico es una ventana abierta a otras muchas vidas, otras muchas personas, otras muchas maneras de peregrinar por la vida de entonces, el tiempo de Jesús, y de la época actual, de nuestro mundo, porque todo tiempo, es tiempo de Dios, el tiempo de Cristo.

Y en todo el relato late la pregunta ¿Puede haber oración cristiana sin abrirse a la vida y a toda realidad que conocemos y sabemos de nuestro mundo? ¿Puede ser la oración o la contemplación, una huida o un escape de lo que acontece y preocupa a los hombres y mujeres de nuestro mundo; de todo el mundo?

Anotaba todo lo que escribía, la palabra me hablaba a mí y de mí; me hablaba del mundo y me metía profundamente en él, sobre todo en su dolor, en su impotencia y en su injusticia, y allí, encontraba a Dios dando vida. Terminaba con una oración, una poesía.

Cuando termino el pasaje vuelvo a él, pero a través de lo que he vivido, y se va enriqueciendo el contenido; surgen más enseñanzas, más luz, más dolerte la injusticia, más descubrir la belleza, más intimidad. Se va alumbrando una lucidez nueva, y una sensibilidad más viva para percibir y acoger todo lo que la vida cotidiana tiene de don. Lo expresa mejor Santa Teresa: “Quedome una verdad de esta divina verdad”.

Esta lectura de este capítulo del evangelio ha sido un viaje como el que hizo Jairo con Jesús de vuelta a casa. Un viaje lleno de enseñanzas y fecundidad. Un viaje a mi interior, a mi mundo interno que tiene claridad, que tiene luz; pero, también oscuridad y sombras, dolor y cicatrices, fuentes de conocimiento, sabiduría, dudas, dolor, tiene pecado, tiene gracia; todo con un silbo amoroso que me atrae constantemente hacía la unión con Dios.

Todo un viaje en el que Cristo enseñó a Jairo a mirar la vida de nuevo, a curar su mirada. Un viaje en el que Jesús cambió la

mirada del varón sobre la mujer y tuvo que detenerse a escuchar a una mujer impura. Después pudo abrazar a su hija viva. Un viaje en el que tuvo la oportunidad de entrar profundamente en sí mismo. Así lo ha hecho conmigo.

Lo que se aprende, lo que se vive, no es lo que se esperaba. Realmente Dios te sorprende. Al lado de Jesús la sabiduría crece, aunque sin prisas, sin que intervengas, escuchando sólo la plegaria del silencio.

“Cuando más profundo desciendo en mi mismo, más encuentro a Dios en el corazón de mi ser” Theilar de Chardin.

“Evangelio de Marcos 5, 21-43. Jesús pasó de nuevo en la barca a la otra orilla y se aglomeró junto a él mucha gente; él estaba a la orilla del mar. Llega uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verlo, cae a sus pies, y le suplica con insistencia diciendo: “mi hija está a punto de morir; ven, impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva”. Y se fue con él. Le seguía un gran gentío que le oprimía.

Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que había sufrido mucho con muchos médicos y había gastado todos sus bienes sin provecho alguno, antes bien, yendo a peor, habiendo oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. Pues decía: “Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, me salvaré”. Inmediatamente se le secó la fuente de sangre y sintió en su cuerpo que quedaba sana del mal. Al instante, Jesús, dándose cuenta de la fuerza que había salido de él, se volvió entre la gente y decía: “¿Quién me ha tocado los vestidos?”. Sus discípulos le contestaron: “Estás viendo que la gente te oprime y preguntas: “¿quien me ha tocado?”. Pero él miraba a su alrededor para descubrir a la que lo había hecho. Entonces, la mujer, viendo lo que había sucedido, se acercó atemorizada y temblorosa, se postró ante él y le contó toda la verdad. El le dijo: “Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad”.

Mientras estaba hablando llegan de la casa del jefe de la sinagoga unos diciendo: “tu hija ha muerto; ¿a qué molestas ya al Maestro?” Jesús que oyó lo que habían dicho, dice al jefe de la sinagoga: “No temas, solamente ten fe”. Y no permitió que nadie le acompañara, a no ser Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegan a la casa del jefe de la sinagoga y observa el alboroto, unos que lloraban y otros que daban grandes alaridos. Entra y les dice: ¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no ha muerto, está dormida. Y se burlaban de él. Pero él después de echar fuera a todos, toma consigo al padre de la niña,

a la madre y a los suyos, y entra donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dice: “Talita kum”, que quiere decir “Muchacha, a ti te digo: Levántate”. La muchacha se levantó al instante y se puso a andar, pues tenía doce años. Quedaron fuera de sí, llenos de estupor. Y les insistió mucho en que nadie lo supiera, y les dijo que le dieran a ella de comer Mc. 5, 21-43.

Capítulo I

De la sinagoga a la vida: Dejando de ser para llegar a ser.

“El viajero tiene que llamar a cada puerta extraña para llegar a la suya”
Tagore.

Nunca en mejores ojos, que en los ojos de Jesús; en ellos me dejó Jairo, el varón de este evangelio.

El jefe de la sinagoga buscaba un sanador y se encuentra con Jesús; el encuentro es tan fuerte, que le hace caer a sus pies, y a mí, me atrapó el corazón; me dejó sobrecogida. No daba crédito, fue el varón quien me atrapó, me arrastró tras de sí.

Empecé a leer este evangelio con intensidad y deseo; pensaba entrar en él, con la mujer a la que quiso conocer Jesús. Quería hablar con Jesús de las mujeres. Había en mí, esperanza, había expectativa, tenía deseo de entrar con él, con las voces de muchas mujeres bullendo en mi vida, hablándome al corazón; pensaba que sería una larga oración de mujeres. Sus miradas, sus ausencias, sus conquistas, poblaban mi alma; con este ánimo y esta plegaria me acerqué a este pasaje. De repente, cayó Jairo de rodillas ante Jesús. Me llené de extrañeza, me arrastró, me quedé atrapada con él y empecé a escuchar el latido de este varón Jairo, su silencio, su inmenso silencio, hasta que mi corazón se unió al suyo; y su camino recorrido con Jesús, ha sido, es luz y enseñanza; es compromiso y amor. Su camino ha sido también el mío.

¿Qué fue de mi corazón feminista, que este varón, me dejó ante la mismísima mirada de Jesús? ¡Nunca en mejores ojos!

El jefe de la sinagoga, se dirige a suplicar a Jesús, por la vida

de su hija; y dice el evangelio, que al verle “cae a sus pies“, y suplicaba con insistencia; yo caí con él. Quedé prendida en el misterio de este singular varón que se dejó acompañar por Jesús a su casa, en silencio; un silencio indudablemente muy fértil para nosotros. Jairo, un varón que sin voz propia en todo su recorrido, permite que se llene de voces, que se llene de vida su camino. El evangelio me puso indudablemente los ojos en él, y su relación con Jesús. ¿Por qué?

A lo largo del evangelio he comprendido, que el amor es el motor que cambia la vida, el que obra milagros. El amor de un padre a su hija fue lo que le sacó de sí a Jairo. Fue Jairo mi lámpara encendida en esta lectura de este pasaje del evangelio, en esta celebración de la palabra, en esta experiencia con Jesús, donde viví, recé, disfruté y aprendí tantas cosas.

¿Qué vio en ti Señor, que fue a buscarte? El buscaba a alguien especial; pero está claro, que se encontró con algo que no esperaba; dice el evangelio que cayó a sus pies; ¿Qué sintió, aquel judío, el hombre religioso, que adoró al hombre? Posiblemente se encontró con lo sagrado y le tocó profundamente, vislumbró el Misterio. Posiblemente se encontró y bebió de la fuente de la gratuidad. Se encontró con la trascendencia.

Acudía al Señor con el sufrimiento por la desgracia de la muerte de su hija, con la tristeza de su vida truncada, con su amor dolorido por esa vida. Como nuestra fe que parte de una gran precariedad.

Eso fue, lo que le hizo salir de sí, dejar atrás su posición y encontrar a Jesús; fue el amor, el amor a su hija, el sufrimiento por la vida que se iba. En ese proceso se encontró con lo sagrado. ¿Qué había en aquel a quién pedía?

Cae a sus pies, dice el evangelio. ¿Qué vio, qué sintió, que le suplica con su vida arrodillada ante Jesús?: “Mi hija está a punto de morir: Ven impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva”.

Era un jefe de la sinagoga, tuvo que sufrir una conmoción profunda para postrarse ante Jesús. Ellos, que sólo adoraban a Dios, se arrodilla ante el sospechoso Jesús. Le invita a ir a su casa. También el jefe, como Jesús viene haciendo, rompe con los tabúes. Declara públicamente que la enfermedad está en su casa. Enfermedad que se consideraba como un juicio de Dios. El lo confiesa, quizá por eso, se postra. Demostró ante Jesús, su vulnerabilidad, su pequeñez. Sufría como todo el mundo y ante todo el mundo. Vivimos creyendo en nuestras verdades, fuertes, con nuestro cerebro y corazón blindados contra la debilidad, la fragilidad, creyendo que vivimos en la beatitud del espíritu hasta que un día el imprevisto te golpea y nada te sostiene. Puedes seguir cínicamente en tu templo donde nadie duda, llora o se desespera. Como le ocurrió a Jairo que tuvo que acoger ese vendaval oscuro: sentir el dolor y la debilidad; sentir cómo te duele el dolor; tenerse que declarar que uno es necesitado.

Impón tus manos, que tu fuerza y tu espíritu entren en ella. Impón tus manos, porque llevas el espíritu de Dios, la bondad y la misericordia; porque tus manos no juzgan, no castigan; parece que le dice.

“Para que se salve y viva” dice el evangelio; distingue entre salvarse y vivir. Reconoce en Jesús, no sólo su poder de dar vida; sino, su fuerza de salvación. El quiere una hija para una vida nueva.

No le pide la curación, sino que se salve y viva. ¿Salvarse de la enfermedad?

¿Por qué no utilizó la palabra curarse?

Le dijo, que estaba muriendo. Cualquier ser humano de bien, se hace cargo de la angustia de un padre o madre, cuando sufren la impotencia, por no poder hacer gran cosa.

¿Acaso buscó a Jesús por desesperación el jefe de la sinagoga? No lo parece. El supo ponerse ante Jesús en un acontecimiento doloroso. Por un lado, el acontecimiento le desbordaba en sus más profundos sentimientos. Por otro lado, estaban las rígi-

das reglas de los judíos y sabía de la actitud de los suyos ante Jesús. Desafía, cuestiona, rompe con lo que le ata y con sus creencias; se sitúa aceptando a Jesús, aceptando implícitamente una nueva vida. ¿No fue esto una conversión? ¿No cambia de dirección el corazón cuando recibes la palabra de Dios? Esto es la conversión: de latir para sí mismo a latir para los otros, latir para Dios. Fue su ocasión para reconocer públicamente a Jesús. Por eso se postra... Estaba viviendo un acontecimiento doloroso; lo asume con toda la debilidad y fragilidad que conlleva, se lo pone delante de Jesús, le **pide** la vida para su hija y la salvación. Pone en manos del cuestionado Jesús, todo su problema. Jesús desata la vida.

Le invita a su casa; ven a mi vida, le está diciendo Jairo; a mi seguridad, a mi hogar, a mi familia, a mi mundo. Jesús no contesta. Pero creo que le está diciendo: ven tú al mío. Se inicia un camino de vuelta, en el que Jesús le enseña a dar vida, a descubrir la vida viva. Le va a enseñar, que hay otras sinagogas en la vida, donde uno se puede encontrar con Dios, alabarle, darle gracias; donde uno puede aprender y vivir la misericordia y experimentar la gratuidad de Dios. Jesús le saca de la sinagoga y lo lleva a la vida. Le va a enseñar, que la vida de otros puede estar en nuestras manos, y que en la vida de los otros, se puede manifestar el Misterio de Dios.

Jairo fue con Jesús, aprendiendo a creer.

Esperó Señor sin impaciencia y te acompañó en tu periplo con la hemorroísa. Fue un acompañante silencioso y paciente; con los apóstoles, un observador; con los seguidores, uno más. Jairo, pasión que no habla. Grandeza de la luz desnuda. Eso fue el camino de vuelta de Jairo contigo a casa.

Hay mucho escrito sobre la hemorroísa, pero, ¿sobre Jairo? Y a mi este varón me ha fascinado. No dejo de estar sorprendida.

Me uno Señor, al dolor y la impotencia de todos los padres cuyos hijos están postrados en la vida, átonos, atrapados por sus

miedos, por su falta de deseo de vivir, por sus desconciertos; porque son incapaces de salir por si mismos: Ten misericordia de todos nosotros.

Ayer leí a San Juan de la Cruz (SJC) y me evocó la experiencia de Jairo de rodillas. Para el místico “la fe es el eje dinámico del camino de la vida”. Para Jairo también lo fue. Habla el santo de la “exigencia evangélica del desapego y pobreza de espíritu para unirse a este bien”. Jairo rompió con todo el apego: imagen, poder, posición, seguridad, certezas, comodidad, prestigio.

!Se postró ante Jesús! Hace falta mucho amor y mucha determinación para tomar esta decisión.

Ante Dios, la única postura es la de la adoración, la alabanza; pero también la súplica que brota de la carencia, del deseo, que surge de la noche del dolor. Noche que va a poner en cuestión muchas cosas, otras habrá que dejar atrás; como creo que ocurrió con Jairo. La noche de la fe va a producir una inteligencia nueva, dice el santo. Jesús le pide a Jairo la fe.

¿Va a vivir una noche de la fe Jairo con Jesús? ¿Terminará su recorrido con una inteligencia nueva?

“Solamente ten fe” y emprende un camino en el que va a aprender la relación con la vida. El santo da mucha importancia a la relación del alma con las cosas. Dice SJC que se alcanza la unión con Dios por el desprendimiento total. El, se refiere al afecto que ponemos en las cosas de la vida. De alguna manera, algo así le pudo ocurrir a Jairo. Cuando volviese a la sinagoga, ya no sería el mismo. No sólo porque Jesús le cambió, o cambió con Jesús. Sino porque para los otros, ya no sería uno de los suyos. Jairo, renunció a mucho. Renunció a su estatus y se desprendió del halo de personaje importante y poderoso.

El desprendimiento pues, tiene consecuencias reales. No es una actitud intelectual; es un escollo a superar en el camino, en el camino del encuentro con Dios y contigo mismo; con tu verdadero ser. Jairo se dirige a alcanzar aquel punto único, en que

llegará a ser, tras recorrer un camino en el que bulle con fuerza la vida, recibéndola; escuchando la voz del silencio que le acompaña. Renunciando a lo suyo, su protagonismo, para ser uno de los seguidores de Jesús.

Le pide Jairo, la vida de su hija y Jesús le va a enseñar a Jairo, a encontrar la vida. Buscamos la vida en otra parte, cuando de lo que se trata es, de recibir del mundo la vida. “El viajero tiene que llamar a cada puerta extraña para llegar a la suya” enseña Tagore; antes Jesús, le puso a Jairo ante muchas puertas; unas tuvo que abrirlas, otras cerrarlas, hasta que pudo entrar por la puerta divina que es Jesús, y está en tu más profundo centro. Es un evangelio de muchas puertas, de muchas experiencias, de muchas enseñanzas.

Jairo recorre el camino en silencio, como si se tratara de una oración. En silencio; dejando de ser, para llegar a ser. En este camino que podemos emprender cada uno, está el secreto de la vida eterna. Al final de este evangelio se dice que “Todos en casa con Jesús quedaron asombrados”; quiero pensar, que quedaron en los umbrales de Dios.

Cuánto cuesta, Señor, ser testigo de tu presencia, como lo hace Jairo en el paseíllo hasta su casa. Esto enseñas y a esto nos invitas. Ante los curiosos y acompañantes iba proclamando tu fe, en silencio; pero, te llevaba a su casa. Jairo alza su silencio; camina sin voz, va creyendo en el valor de otras palabras; enciende su silencio, para escuchar, y Jesús le enseña el valor de la mirada. Dice el Salmo “Aparta mis ojos de miradas vacías en tu camino dame vida”.

Adentrarse en la vida de Jesús donde todo se ignora. Eso fue el valor de Jairo. Cruzar umbrales hacia lo desconocido, eso voy a hacer yo. Entrar en la belleza y la verdad que se encierra en nuestro mundo interior. Sólo Tú eres la fuente de sabiduría y gozo, Señor
 “Qué dulce es tu promesa al paladar,
 Mas que la miel a la boca” Salmo 70.

“Yo me despierto pues Yahvé me sostiene”

Desde la profundidad de mis ojos

Yo me despierto pues Yahvé me sostiene.

Tú abres profundamente mis ojos

Tú me estás despertando cada día

Me habla el Señor con palabras,

Aún más silenciosas que el silencio,

Con la luz en sus entrañas.

Me habla el Señor con palabras

Se desbordan en rocío,

Amanecen como aurora.

Tu abres profundamente mis ojos

Me estás despertando cada día.

Me habla el Señor con palabras que hacen florecer mi sed

Son perfume; un rosal de misterio.

Me habla el Señor con palabras,

Aún más silenciosas que el silencio.

Como las flores de abril

Penetran en mis entrañas,

Como el mosquito en la sombra,

Con la voces que me habitan

Asombrada la memoria.

Es la aurora, es la luz en las entrañas

Liberación luminosa

La soledad no está sola.

El verbo, el ser, la eternidad, el tiempo

¿Qué es esto?

Mi hambre floreciendo de amores.

Rumoroso silencio,

Sentimiento callado

sin voz, sin tiempo.

Me habla el Señor con palabras Más profundas que los cielos,

Más silenciosas que ellos.
Con sus noches, sus estrellas,
Más inmensas que la mar.
Palabra sin horizontes
Contenida está en un silbo.
Un susurro, un destello, una luz, un resplandor
Y alumbra el alma del día,
Que se desborda de amor.
Silencioso, silencioso,
El amor que me desnuda
Un amor hecho de espigas que se vuelve comunión
Tiempo recibido, gratuidad eterna
Más silencioso que el silencio mismo.
Palabra silenciosa
Aún más silenciosa que el silencio mismo.
Palabra que me descalza
A los pies del monte Santo
Palabra ofrecida, palabra regalada.
Más luminosa que la misma luz
Más silenciosa que el silencio mismo.